

La bofetada.

ARCHIVO
DE
MANUEL
Número 22.


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

LA BOFETADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y COLSON

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 15 de Febrero de 1890.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA LUISA................	Sra.	Guillén.
MARGARITA................	»	Calderón.
ALBERTO (Teniente de húsares)	Don	Ricardo Calvo.
EL MARQUÉS DE LEIZA.....	»	Donato Jiménez.
EL DOCTOR ARANDA.......	Sr.	Pérez.
AGUILAR.................	»	Calvo (D. José.)
SALAZAR (Capitán de húsares).	»	Rivelles.
GUILLÉN (Alférez de ídem)...	»	Jiménez.
SECRETARIO...............	»	Calvo (D. Fernando)
MAYORDOMO...............	»	Molina.

Nota. El retrato de señora que aparece en la decoración, puede considerarse como un personaje mudo y es importantísimo que esté bien hecho.

Época 187...

A LA OFICIALIDAD

DE LOS REGIMIENTOS DE HÚSARES

Cuando buscaba para protagonista de mi obra un hombre joven, de familia ilustre, de valor heróico y de sentimientos nobles, todo reunido, lo hallé encarnado en el Oficial de húsares.

Era preciso que vistiera un uniforme tan honroso para que resaltara más sublime su grandeza al soportar la bofetada.

Y ahora que busco quien pueda soportar la dedicatoria difícil de esta obra, sin que su título parezca epigramático, en vosotros pienso y con vuestro nombre engalano la primera página.

Admitidla como testimonio de simpatía que os ofrece un admirador y compañero,

Pedro de Novo Colson,

Oficial de Marina.

M. [redacted]

ACTO PRIMERO

Salón rico y antiguo de la casa solariega del Marqués, en la campiña de Navarra. Balcón á la derecha y puerta segundo término: á la izquierda, en primer término, retrato grande de una señora joven. Otra puerta en el fondo. Un sofá cerca del retrato y un velador en el lado opuesto.

ESCENA PRIMERA

LUISA, el MARQUÉS y el SECRETARIO

Luisa bordando, á la derecha: á la izquierda el Marqués, dictando al Secretario que escribe en un velador.

MARQ. Concedido, porque es justo.. ¿Qué culpa tiene el pobre colono de que haya helado tanto este invierno?

SEC. (Leyendo.) Juan Bautista alega el mismo motivo de fuerza mayor y pide igual gracia al señor Marqués.

MARQ. ¿Qué hemos de hacerle?

SEC. Me permito advertir al señor Marqués, que este arrendador es el más importante, y que afectaría mucho á la renta de la casa concederle lo que pide.

MARQ. Sí; pero esa no es una razón; será una desgracia para mí.

LUISA. ¿Hermano mío?

MARQ. ¿Qué quieres, Luisa?

LUISA. Que no seas simple. Hace media hora que estás repartiendo gracia como pan bendito, creyendo al pié de la letra el jimoteo de todos tus arrendadores. ¿Y luégo, para qué? Te engañas, si esperas su gratitud.

MARQ. ¿Y por qué no han de agradecérmelo?

LUISA. Porque así es el mundo. Amontona favores sobre cualquiera amigo, pero niégale el último, y escúchalo después. Verás lo que has sembrado. ¡Como que llegan á figurarse que tú habías nacido solamente para servirlos de cabeza y con preferencia á tu propia familia! Pero Juan, ¿cuántas veces no has experimentado esto mismo?

MARQ. Dices muy bien.

LUISA. ¡Gracias á Dios!

MARQ. (Al Secretario.) Otorgado lo que piden, porque es justo, y no por favorecerles. Conste así.

LUISA. ¡Eres incorregible!

ESCENA II

DICHOS y AGUILAR

El Mayordomo asoma por la izquierda y anuncia.

MAYORD. El señor de Aguilar. (Vase cuando éste ha entrado.)

AGUIL. Señores... (Se dirige á Luisa y le da la mano; luégo al Marqués y saluda al Secretario.)

LUISA. ¡Vaya con nuestro amable vecino, y qué poco lo es!...

AGUIL. ¿Poco vecino? No hay otro tan cercano.

LUISA. No; poco amable.

AGUIL. Protesto, Luisa.

LUISA. ¿Ha estado usted enfermo?

AGUIL. No: he estado en Pamplona y acabo de llegar.

LUISA. Pues descanse usted y vengan noticias. (Señalándole un sillón.)

AGUIL. Pocas traigo, pero buenas. Primeramente, amigo Marqués, le felicito por el pleito que ha ganado.

MARQ. ¿Un pleito? ¿Yo he ganado un pleito? No sabía que tuviese ninguno... ¿Y contra quién?

AGUIL. ¡Esto tiene gracia! ¿Pues usted ignora que su señor tío el Barón, litigaba hace tiempo, y que habiendo sido usted su heredero universal, es usted el que ahora gana el pleito?

MARQ. ¿Pero cuál?

AGUIL. Ese pleito contra los hijos de Valdivia.

MARQ. ¡Cómo! ¿Qué dice usted? Pero si yo había renunciado... Yo no puedo aceptar ese fallo. Conozco el origen del litigio: mi tío tenía el derecho, pero no la razón. Sería un infame despojo. ¡Pobres criaturas! ¿Y habrán supuesto que yo?... (Volviéndose al Secretario.) Antonio, inmediatamente, envía usted á Francisco con esta carta, (Se pone á escribir.) y que no se detenga un minuto hasta traerme la contestación. Con licencia de usted. (Á Aguilar: éste se inclina.)

LUISA. Juan, esa conducta...

MARQ. ¿Te atreverías también á censurarla? (Con enojo.)

LUISA. Todo lo contrario. Esa conducta es recta, pero la otra es tonta. (El Marqués se encoge de hombros y escribe.)

AGUIL. Pues señor, lamento mi torpeza; pero vaya otra noticia, y excelente. He visto á Alberto...

LUISA. ¿Sí? ¿En la capital?

AGUIL. No señora: acampado con su regimiento á más de diez leguas distante de aquí. El ejército liberal domina toda la comarca desde su última victoria sobre los carlistas.

LUISA. ¿Y habló usted con Alberto?

AGUIL. Él acudió á saludarme: le hallé bueno y fuerte, pero tristísimo. El dolor por la muerte de su madre le atormenta tanto como hace tres meses... ¡Qué adoración le tenía! Verdad que la noble señora era una santa.

LUISA. ¿Y qué le dijo á usted mi querido sobrino?

AGUIL. Me dijo que estaba desesperado de la duración de la

campaña, que no le había permitido aún volar á los brazos de su padre (Señalando al Marqués.) para compartir su dolor y consolarlo. ¡Vea usted á lo que obliga el deber militar!

LUISA. ¡Pobre Alberto; cuánto habrá sufrido! Aquella desgracia inesperada fué como un rayo para todos; yo escribí á Alberto y ni sé lo que le dije. ¡Pobre Carmen! (Mirando hacia el retrato.) ¡Qué hermosa era y qué joven aún!

AGUIL. Recuerdo que el últido día que la ví paseando del brazo de Alberto, me pareció su hermana mayor. Verdad que el chico representa bien sus veintidós años y que el uniforme de húsar le hace más hombre.

LUISA. ¿No has oído, Juan?

MARQ. Perfectamente. ¿Y sábese cuándo le concederán licencia?

AGUIL. Él confía más en que un movimiento del ejército sobre las Provincias le proporcione ocasión de ver á ustedes.

LUISA. ¿En dónde?

AGUIL. Aquí mismo; pues necesariamente la caballería tendría que pasar por estos llanos para trasladarse al país euskaro.

LUISA. Es demasiada verdad; y pruébanlo las visitas incómodas de tanto escuadrón como atraviesa nuestro bosque y descansa en él. Rara es la semana que no nos honra con sus respetos una oficialidad tan cortés como hambrienta. (El Marqués cierra la carta y se levanta, entregándola al Secretario.)

MARQ. Ahora quedo tranquilo. No dirá nadie que el Marqués de Leiza se hizo cómplice de una diabólica interpretación de la ley. Antonio, recomiende usted la mayor eficacia. (Le entrega la carta. Cuando va á salir Antonio, se presenta el Mayordomo que trae cartas y periódicos en una bandeja.)

ESCENA III

DICHOS y el MAYORDOMO

MAYORD. El correo. (Entra y coloca la bandeja en el velador: queda esperando.)

SEC. Descuíde usted, señor. Francisco habrá regresado esta misma tarde.

MARQ. (Al Mayordomo.) ¿Qué esperas?

MAYORD. Participar á usted que un escuadrón de húsares ha entrado en el parque del castillo.

MARQ. ¿De húsares?

MAYORD. Sí, señor Marqués; de húsares, pero... es igual.

MARQ. ¿Por qué es igual?

MAYORD. Porque desgraciadamente no viene el señorito Alberto entre sus oficiales. (Muy compungido.)

MARQ. Escucha, mi viejo Antón: dirás á esos caballeros, como de costumbre, que consideren suya esta casa, pero no olvides advertirles que me hallo en el monte de cacería.

MAYORD. El señor será servido. (Vase.)

AGUIL. ¡Cómo! ¿Va usted á salir de casa en este momento?

MARQ. No, amigo Aguilar: es una excusa para ocultarme: me desagradan las visitas de gente que desconozco, á pesar del aislamiento en que vivimos aquí, tan lejos de todo poblado. Ahora recojo estas cartas y estos periódicos y vóime á leerlas á la torre, donde tengo también algunos libros.

LUISA. Lo mismo hace siempre, porque es un hurón.

AGUIL. ¿Y usted, Luisa?

LUISA. Yo recibo á todo el mundo: me gusta hablar y ver gente.

AGUIL. También á mí.

LUISA. Pues no se marche usted.

AGUIL. Está dicho.

MARQ. (Saludando.) Hasta luégo, Aguilar.

LUISA. Vete bendito de Dios. (Vase el Marqués por la izquierda.) Usted recibirá á esos caballeros, si alguno sube, mientras yo voy á dar varias órdenes. (Apenas queda solo Aguilar, entra el Secretario por la izquierda. Este se acerca al velador para recoger unos papeles.)

ESCENA IV

AGUILAR, EL SECRETARIO y luégo MARGARITA que atravesará la escena.

AGUIL. ¿Antonio?
SEC. ¿Señor de Aguilar?
AGUIL. ¿Conque eran para usted esos viñedos que el Marqués compró últimamente?
SEC. Eran para mis padres, señor Aguilar.
AGUIL. Un espléndido regalo, por lo que le felicito.
SEC. Gracias.
AGUIL. Mucho debe usted querer al Marqués.
SEC. Lo venero como á la Providencia; le sacrificaría mi vida.
AGUIL. Es un perfecto caballero.
SEC. Es el más perfecto y noble caballero que ha nacido en Navarra. (Margarita entra por la derecha, atraviesa la escena saludando, y vase por la puerta de la izquierda. Aguilar la mira con curiosidad.)
AGUIL. ¡Cáspita, qué divina aparición!
SEC. (Con misterio.) ¡Margarita!
AGUIL. ¿Margarita?... ¿Vive aquí?
SEC. Sí señor. ¿Pero acaso usted no sabe quién es Margarita?
AGUIL. Absolutamente. Hace un año que resido en este valle y jamás la había visto. ¿Es parienta del Marqués?
SEC. ¡Qué disparate!
AGUIL. ¿Amiga de la familia?
SEC. Tampoco.
AGUIL. ¿Pertenece á la servidumbre?

SEC. No señor.

AGUIL. Entonces, ¿quién es esa hermosura? ¿De dónde ha salido? Hable usted por favor.

SEC. Margarita es la que (*Bajando la voz.*) trastornó el juicio á don Alberto... ya sabe usted.

AGUIL. No sabía nada... pero Alberto no está loco.

SEC. Casi lo estuvo por amor á ella.

AGUIL. ¡Hola! Refiérame usted esa historia, si no es un secreto.

SEC. No es un secreto, pero todos procuran olvidarla.

AGUIL. Yo haré lo mismo cuando lo sepa.... Conque... dígame usted.

SEC. (*Con misterio.*) Margarita es hija natural de una criada que tuvo la Marquesa; dícese que el padre fué un guardamonte. Ambos murieron hace años. Al quedar la niña huérfana, el Marqués la prohijó, y la Marquesa la educó con cariño. Don Alberto creció á su lado, considerándola como hermana suya, pero llegó á hombre...

AGUIL. Sí, es el cuento de siempre; y se enamoró de ella.

SEC. Y ella de él. Nadie supo sin duda esta circunstancia, hasta que don Alberto, al salir de la escuela militar luciendo la estrella de alférez, pidió á su padre la mano de Margarita: la noticia cayó como una bomba.

AGUIL. Bien dice usted que el muchacho estaba loco. ¿Pero, qué hizo mi noble amigo?

SEC. El señor Marqués, que idolatra á su Alberto, procuró dulcemente disuadirlo, pero en vano. Por entonces estalló la guerra civil y Alberto fué enviado á campaña.

AGUIL. Hace un año de esto.

SEC. Muy poco más.

AGUIL. Continúe usted.

SEC. En cuanto don Alberto partió, su padre indujo á Margarita á que hiciera el sacrificio de su amor.

AGUIL. Y ella...

SEC. Ella obedeció por gratitud.

AGUIL. De modo que ya no lo ama.

SEC. Diré á usted: eso no lo sé yo; sé que ya no debe amarlo, porque está casada.

AGUIL. ¡Casada! ¿con quién?

SEC. Con el administrador del señor Marqués, que la adoraba en secreto: es un hombre honrado, joven y no mal mozo.

AGUIL. ¡Vaya una novela!

SEC. Apenas efectuado el enlace, se marcharon á Barcelona.

AGUIL. ¿Y cómo está ella aquí?

SEC. Porque regresaron hace tres meses con motivo de la muerte de la Marquesa.

AGUIL. ¿Y su esposo?

SEC. Su esposo marchó de nuevo á Cataluña hace pocas semanas, y no tardará en volver.

AGUIL. ¿Pero el pobre Alberto, sabe?...

SEC. Todo se le dijo, porque era imposible ocultárselo. Su desesperación debió ser inmensa, pero efímera.

AGUIL. No entiendo esto de inmensa, pero efímera.

SEC. Prueba que fué inmensa su desesperación, la carta de loco que escribió al señor Marqués, increpándolo terriblemente; le llamaba injusto, negábale todo derecho para haber destrozado su corazón. El señor Marqués, á pesar de su entereza, leyó la carta con lágrimas, y besándola dijo: ¡Pobre Alberto; perdóname la herida cruel, pero lo exigía así el honor de nuestro nombre!

AGUIL. Eso es lo primero para él.

SEC. Ahora bien; prueba del mismo modo que la desesperación de Alberto no duró mucho, el que á poco llegaron noticias de que se habia lanzado á la vida licenciosa; sus aventuras y galanteos eran escandalosos: tuvo lances muy serios con esposos ofendidos, y en fin, juzgue usted cuál llegaría á ser su conducta, que el coronel intervino para poner coto en ella.

AGUIL. De eso estoy bien enterado.

ESCENA V

DICHOS, SALAZAR y GUILLÉN, de uniforme: MAYORDOMO

SAL. (Dentro.) Sí, buen viejo: es nuestro mejor camarada.

MAYORD. (Entrando.) Por muchos años, señores. ¡Cuánto lo celebro! (Anunciando gravemente, como por costumbre.) ¡Los señores de Salazar y de Guillén. (Vase. Aguilar y el Secretario salen al encuentro de los oficiales.)

SAL. Caballeros... (Saludando.)

AGUIL. Somos amigos del Marqués de Leiza y tenemos el honroso encargo de dar á ustedes la bienvenida.

SAL. ¡El Marqués de Leiza! ¿No se llama así el padre de Alberto? (Á Guillén con sorpresa.)

GUILL. Sin duda.

AGUIL. Esta es su casa.

GUILL. Ahora me explico la pregunta del criado.

SAL. Alberto debió prevenirnos, pero nos dijo solamente: Detenéos y esperadme en la *Baronía*.

AGUIL. Justo: en su casa solariega.

SAL. ¡Diávolo!... ¿qué te parece? (Á Guillén.)

GUILL. Una temeridad.

SAL. Perdón, señores; explicaré nuestra zozobra. (Con misterio.) Alberto, ahora mismo, está batiéndose en el bosque; su adversario es un buen tirador: vencido ó no, aquí debe llegar ó deben traerlo: la sorpresa pudiera ser muy dolorosa para su padre. ¿Comprenden ustedes?...

AGUIL. ¡Chits!... comprendido. (Mirando alrededor.)

SAL. Con él están dos de los nuestros y el doctor Aranda.

AGUIL. Pero ese lance...

SAL. Fué de lo más inesperado; surgió de unas palabras oídas por Alberto á ciertos señores en la mesa de una posada. Ellos también hacían alto para almorzar, y sólo escuché que el retado decía á Alberto: «Elijo el sable que ustedes llevan; me es muy familiar y bas-

tante bueno para arrancarle la vida.» Yo, como jefe del escuadrón, hice la vista gorda: allí quedaron y no sé más.

AGUIL. ¿Quién será ella?

GUILL. Nadie.

SAL. El señor infiere que una mujer origina el duelo, pero es un error. Alberto ha cambiado mucho. Ya no lo reconoceríais.

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA LUISA. Aparece ésta por la puerta de la izquierda, llena de ansiedad y los oficiales la saludan.

AGUIL. La señora doña Luisa, hermana del Marqués.

LUISA. Por favor... perdonen ustedes... Confieso que al venir me detuvo un instante la curiosidad cerca de la puerta y he oído que Alberto...

SAL. Lamento mi imprudencia; pero no tema usted por él.

GUILL. En estos lances le acompaña siempre la fortuna.

SAL. No tardará usted en verle aquí sano y salvo.

GUILL. Cuando salió sin un rasguño de la famosa carga en que murió medio regimiento hace tres meses, crea usted que es invulnerable ese bravo muchacho.

LUISA. Yo estoy en una fiera incertidumbre... Quiero ir en busca de mi sobrino... ¡Dios mío, si lo mataran! ¿Qué sería de su padre, de mi pobre hermano. (Procura irse y la detienen.)

SAL. Señora: aseguro á usted que Alberto no puede tardar. (Aguilar se ha acercado al balcón.)

AGUIL. Atención: un ginete viene á rienda suelta por la calzada: es oficial de húsares...

SAL. ¿Ve usted, señora? ya está aquí. (Guillén también se asoma al balcón.)

GUILL. ¡Buena parada en firme! ahora se apea, ¡hurra! ¡Alberto es!

LUISA. ¡Gracias, Dios mío!

SAL. Lo de siempre; tendió al contrincante.

SEC. (Volviendo al proscenio.) Ya sube. (Aguilar y Guillén se aproximan á la puerta de entrada para recibirlo.)

LUISA. Todavía estoy temblando.

MAYORD. (Dentro.) Señor; primero al pobre viejo...

ALB. (Id.) Aprieta, buen Antón. (Aparecen en la puerta abrazados Alberto y el Mayordomo. Alberto se desprende y da la mano á Guillén.)

GUILL. Sea enhorabuena.

ALB. Gracias, Guillén.

ESCENA VII

DICHOS y ALBERTO

Apenas se presenta Alberto, le sale al encuentro doña Luisa y se abrazan estrechamente muy conmovidos. En seguida repara en el retrato de su madre y se dirige á él.

ALB. ¡Madre mía! ¡Ídolo de mi alma! ¡no pude cerrar tus ojos, ni darte el último beso! (Queda sollozando delante del retrato. Los oficiales y caballeros permanecen silenciosos y después se dirigen á Luisa para despedirse en voz baja.)

SAL. Señora, hasta después.

GUILL. Luégo volveremos. (Vanse todos. Luisa les despide y en seguida se acerca á Alberto y lo atrae dulcemente hacia un sofá: éste se deja conducir sin cesar de sollozar.)

ESCENA VIII

DOÑA LUISA y ALBERTO

LUISA. ¡Pobre Alberto mío, cuánto habrás llorado!

ALB. Sí, y cuánto he maldecido: no acepto la resignación. Si pudiera convertir en cosa tangible al cruel destino ó lo que sea, saldría hecho trizas de mis manos. ¿Será

verdad que esos ojos dulcísimos ya no vuelven á mirarme? (Llora.) Aquí la dejé hace un año, llena de vida y juventud... Al despedirme, ella lloraba y yo sentí oprimido el pecho... pero juzgué aquel signo como un desmayo de mi valor y me avergoncé y me rehice. ¿No era yo el que iba á la guerra? ¿No era yo el amenazado?... ¡Quién me dijera entonces que á través de cien combates y empresas locas yo volvería á pisar la casa de mis abuelos, cuando ella, mi santo cariño, la habría abandonado para siempre!

LUISA. ¡Pobre Carmen!

ALB. Pero, ¿y mi padre? (Levantándose.) ¿Dónde está? Tengo ansia de abrazarlo.

LUISA. ¿No le guardas rencor por la boda de tu amada?

ALB. ¡Rencor á él! No, tía Luisa, ninguno. He reflexionado y lo he absuelto. Mi padre hizo lo que otros padres celosos de su nombre. Supuso capricho de niño mi pasión por Margarita y quiso estirparla de raíz. Si hubiera sabido que esa raíz estaba ya en mi corazón, no hubiera intentado una cura imposible... Conozco lo que mi padre me ama. Hoy me sonrío al recordar cómo mi infantil testarudéz domeñaba siempre á su entereza; á esa terrible entereza que todos le admiran. Hoy avaloro aquellos esfuerzos suyos para rechazar mis caricias después de una diablura; esfuerzos que eran casi heróicos y que duraban lo inapreciable. Recuerdo sus ojos imponentes que se llenaban de lágrimas al menor halago mio, y aquel hercúleo pecho que me brindaba un abrazo por las incidencias más triviales, ¡era su dicha! ¡Ah! no sabe él, ni yo he de revelárselo, que hoy sufro tanto como el primer día los efectos de su tremendo error.

LUISA. ¿Es decir que aún amas á Margarita?

ALB. No sé si la amo ó si la odio: sé que no me abandona, pues la veo de contínuo flotar delante de mí, como un fantasma, abrazada á un hombre que no soy yo.

LUISA. ¡Alberto!

ALB. ¿Para qué me interrogas? Tranquilízate: he jurado huirle: ella se halla lejos... más vale así.

LUISA. (¡Dios mío! Evitaré que la vea.)

ALB. ¿Dónde está mi padre?

LUISA. Arriba: en la torre. (Turbada.) Pero Antón le habrá avisado de tu llegada, y vendrá en seguida.

ALB. ¿Cómo ha soportado su pena?

LUISA. Todavía le ahoga. Ha envejecido, y su carácter es otro. Hoy no te perdona lo que ayer te perdonaba.

ALB. ¿Qué quieres decirme?

LUISA. Que ha sabido con enojo tus travesuras: quizás buscastes el olvido de tu amor en la vida licenciosa; pero fuistes demasiado lejos, sobrino mío.

ALB. Es verdad.

LUISA. Aquí dijeron cosas terribles... de esposos ultrajados... de duelos injustos...

ALB. Basta por Dios: estuve loco, y como tal me conduje: pero dices que mi padre...

LUISA. Él ha sido siempre un intachable caballero, y juzga afrentoso para tí que hayas robado honras agenas.

ALB. ¿Pero sabe que cuando nos hirió la desgracia renegué de mis extravíos?

LUISA. Precisamente desde entonces se le han ajigantado en su imaginación: desde entonces te increpa más por tus pasadas culpas.

ALB. Obtendré su perdón; ambos necesitamos indulgencia y consuelos.

ESCENA IX

DICHOS, el MARQUÉS y MARGARITA

Cuando el Marqués aparece en la puerta del fondo, se dirige rápidamente á Alberto para abrazarlo: éste lo ve y corre á su encuentro; pero en el mismo instante sale Margarita por la izquierda, y al ver á Alberto, da un grito; vuélvese éste, y al conocerla, se sobrecoje, deteniéndose como petrificado. Por unos momentos permanecen todos inmóviles: el

Marqués mirando á su hijo con enojo. Margarita con los ojos bajos. Alberto temblando de emoción, y Luisa se acerca á Margarita, la toma de una mano y se la lleva por el fondo.

MARQ. ¡Alberto! (Dirigiéndose á él.)
ALB. ¡Padre!
MARG. ¡Ah!
ALB. (Deteniéndose.) ¡Ella!

ESCENA X

EL MARQUÉS y ALBERTO

Cuando Luisa y Margarita desaparecen, Alberto se reanima y corre hacia su padre abrazándolo. Este le deja hacer sin corresponderle y lo mira con enojo, Alberto se aparta entonces confundido.

ALB. (¡Ella aquí!) (Vuelve á reparar en su padre, y cual si despertara, se dirige á él con viveza.) ¡Oh! ¡perdona, padre mío!... Yo no esperaba... ¡Soy muy desgraciado! (Abraza al Marqués, y éste lo rechaza frío y severo.)

MARQ. Más de lo que imaginas y tanto como mereces. (Alberto se aparta confundido y baja la cabeza.) ¿Qué ha hecho el heredero de los Leizas en abono de la casa, desde su entrada en el mundo? Descubrir por primera vez que en nuestra sangre había mezcla de sangre villana.

ALB. ¡Padre, por piedad!

MARQ. Y en nuestro ánimo flaquezas propias de mujeres.

ALB. Eso nunca.

MARQ. Primero, un bajo instinto te esclaviza á una bastarda; después Belcebú te lleva de pueblo en pueblo y de hogar en hogar, para que mates y robes honras y conciencias, y hoy mismo, en este instante, me escarneces y humillas al decirme ¡aguarda! para acudir primero á una culpable y muda adoración.

ALB. ¡Oh! ¡no, no es cierto! Si adoré á Margarita no fué por bajo instinto, sino por impulso á la perfección

moral. Cuando la perdí, murió para siempre mi esperanza, y enloquecido de celos espantosos, amarrado al campamento, ahogué mis lágrimas en viles goces y en placeres sin dulzura; buscaba el olvido como otros, tristes, se consumen con el recuerdo... Mas de repente una horrible nueva heló mi sangre; mi madre adorada había muerto en tus brazos... lejos de mí... Entonces, padre, hubieras visto que no hay en nuestro ánimo flaquezas de mujer. Apenas leí la funesta carta sonó el toque de botasillas; el regimiento entraba en acción, y yo sofoqué los sollozos y el temblor de mi cuerpo, ¡oh! y habría dado la existencia por poder fingir también la sonrisa que hermoseaba á mis compañeros. (El Marqués se vuelve hacia Alberto, y lo mira con fijeza.) Sí, padre, tú que has vestido mi uniforme, sabrás á lo que obliga.

MARQ. Sé que en aquella batalla cumplistes con tu deber.

ALB. Déjamela recordar, porque lo necesito, para persuadirme, después de tus reproches. El enemigo, desde las alturas, diezmaba nuestra infantería; se ordenó un movimiento envolvente, y cuatro batallones flanquearon el monte por las laderas; al desembocar en el llano los recibió una lluvia de metralla, y á la vez cargaron sobre ellos con ímpetu los lanceros carlistas. Entonces aparecímos: éramos pocos, pero mejores. Una ráptda alineación agrandó las lindes de los dos torrentes que se precipitaron al encuentro; tembló le tierra, empolvóse el aire, y al choque rudo penetró el ginete vivo en la contraria fila sobre carnes magulladas. Entonces, con ojo rápido, busqué el amago; paré los golpes; tronché una lanza y hundí mi sable en el pecho de un titán.

MARQ. ¿Te vistes cercado? (Con interés.)

ALB Sí, y quise hallar la salida.

MARQ. ¡Hacia adelante!... (Con más interés.)

ALB. ¡Siempre!

MARQ. ¡Siempre! (Febrilmente.)

ALB. Mi puño vigoroso movió el acero como un relámpago lejos y cerca, sin tregua ni piedad y en sangre tinto. La gente acobardada ensanchó el çerco; lancé el caballo, y un jefe enemigo se interpuso. Empuñaba un sable como yo; el furor le cegaba como á mí; sus ojos brillaban como los míos... ¡Plaza! gritamos ¡Plaza! y nuestros aceros chocan y chispean prontos al quite. De un tajo cercené su mano izquierda al par que él con su diestra armada deshizo la testúz de mi caballo.

MARQ. ¡Caballos había muchos!... (Muy agitado.)

ALB. El mío me arrastró á tierra.

MARQ. Pero un tigre salta... (Con ansiedad.)

ALB. ¡Y salté como un tigre!

MARQ. ¡Bien, Alberto! (Conmovido.)

ALB. Desde la grupa desmonté al enemigo desangrado, empuñé las riendas y revolví su potro hacia adelante, seguido ya por mi gente victoriosa.

MARQ. Hazaña fué digna de premio.

ALB. Y se premió.

MARQ. ¿Cómo?

ALB. En juicio contradictorio.

MARQ. Acaso ganastes...

ALB. Sí, padre mío; la cruz laureda. (El Marqués se acerca á Alberto y le mira afanoso el pecho.)

MARQ. ¿Dónde está?

ALB. Aquí. (Le muestra la cruz en una mano.) Para ostentarla, quise que tú, dechado del valor y la hidalguía, con tus propias manos la fijaras en mi pecho. (Le entrega la cruz. El Marqués, muy conmovido, atrae sobre sí á Alberto y lo abraza y besa en la frente.)

MARQ. Ven, niño, ven. Un caballero de San Fernando el digno de los Leizas.

ALB. ¡Oh! ¡gracias, padre mío! (El Marqués poco á poco va recobrando su sangre fría y apartándose de Alberto, lo mira fijamente, y le dice en voz baja y lenta.)

MARQ. (El valor no es prueba.) Díme, Alberto, ¿crees que al

honor debe sacrificarse familia, vida y hacienda?

ALB. Así lo creò.

MARQ. No puede existir infamia en quien goce de limpio honor, ¿es verdad?

ALB. (Asustado.) Padre, me asustas.

MARQ. Responde. (Exaltado.)

ALB. No te comprendo; ¿qué dudas te asaltan, en verdad tan grande?

MARQ Dí entonces... Alberto, ¿cómo has atentado á la honra agena? ¡Diera mi vida por no considerarte bajo esta faz!... Díme, ¿fueron el despecho y la locura tan sólo quienes te impulsaron á esos extravíos, ó fué tu inclinación? ¿Gózastes con el escarnio de tus víctimas, ó padecistes con ellas?... Pero, ¡calla! ¡calla! no me respondas... (Transición.) Venga esa cruz... Acércame tu pecho... (Se la coloca.) Ya luce en él. (Bruscamente.) ¡Ahora, déjame!...

ALB. (¡Mi padre desvaría, su razón se perturba! ¿qué nuevo infortunio es este?)

ESCENA XI

DICHOS y AGUILAR por el fondo.

AGUIL. ¡Querido Marqués! ya está desempeñada su comisión.

MARQ. ¿Qué comisión? no recuerdo. (Muy abstraído.)

AGUIL. La que tuvo usted la bondad de conferirme hace media hora, cuando bajaba de la torre... con este periódico en la mano. (Intencionalmente.)

MARQ. ¡Ah! sí. ¿Ha visto usted al que firma el comunicado injurioso? Perfectamente. Estoy dispuesto. Vamos allá.

AGUIL. No puede ser; ya es tarde. La persona á quien usted retaba ha sido herida gravemente cerca de aquí y conducida á mi propia casa, donde la he encontrado. Como yo habia sido testigo de la indignación de us

ted por al fallo del pleito, que es el origen de la ofensa, persuadí al herido de su ligereza culpable, y ahora desea el perdón de usted.

MARQ. ¿Pero quién lo ha herido? (Aguilar mira á Alberto y calla.)

ALB. Yo herí á ese hombre, no porque viniera á retarte, sino porque te acusaba en alta voz de un infame despojo. Quiso presentarme pruebas y las rechacé.

MARQ. ¿Por qué las rechazastes?

ALB. Porque mi fe en tu honor no se quebranta con prueba algnna. ¿Qué no puede probársele á un ánimo indiferente? Las circunstancias, las apariencias, ¿no se conjuran en ocasiones de maravilloso modo para condenar á un justo?

MARQ. (Agitado.) Hicistes mal... Esa fe ciega pudo atraerte remordimientos .. Cuando existen pruebas, se examinan; la justicia debe sobreponerse al amor y á la gratitud... Por fortuna esta vez acertastes y... ahora sabrás cómo me han calumniado...

ALB. Basta, padre mío: si me amas, nada me digas.

MARQ. (Con exaltación.) ¡Basta! ¡pero acuérdate, Alberto, de que sólo Dios es impecable!

ESCENA XII

DICHOS, SALAZAR y MAYORDOMO

MAYORD. (Anunciando.) El señor de Salazar. (Entra éste y se dirige al Marqués: éste le estrecha la mano.)

SAL. Señor Marqués, no sé á quién felicitar: si á usted, por tener tal hijo, ó al hijo por gozar de tal padre.

MARQ. Más felíz es él, que no me envidia como yo le envidio la amistad de sus compañeros. (Salazar se inclina saludando.) Hoy en la mesa brindaré por todos.

SAL. Mil gracias, Marqués, pero hoy es imposible: tengo orden de pernoctar con mi escuadrón en el pueblo inmediato. Allí permaneceremos varios días, según in-

dicios, para incorporarnos después á otras fuerzas, lo que nos obligará á pasar de nuevo por este valle. Entretanto, como el pueblo se halla próximo, Alberto acompañará á usted, yo se lo ruego, y nosotros también vendremos mañana á disfrutar de su amable convite.

MARQ. Sea, pues; pero temprano, porque dispongo en obsequio de ustedes una partida de caza.

SAL. Hermosa idea. Me acompañarán los oficiales, francos de servicio. (Da la mano al Marqués y luégo á Alberto.) Adiós, Alberto... ¡Ah! cuando venga el Doctor á darte noticias del que hay herido, (Bajo.) recuérdale que esta misma noche necesita ir á los Molinos, donde hemos dejado dos enfermos.

ALB. Descuida. (El Marqués y Aguilar acompañan á Salazar.)

SAL. No se moleste, señor Marqués.

MARQ. Cumplo una grata obligación. (Vanse por la entrada general hablando animadamente.)

ESCENA XIII

ALBERTO

¿Es esta mi casa? ¿Era aquí donde esperaba dar rienda á mi llanto sobre un pecho amantísimo?... ¡Qué sólo y triste encuentro este hogar sin calor! ¡Qué severo á mi padre y qué incomprensible!... ¿Y ella? ¡también aquí para volverme loco!

ESCENA XIV

ALBERTO y el DOCTOR

DOCTOR. (Dentro.) ¿Se halla aquí don Alberto de Leiza?

MAYORD. (Id.) Sí señor. ¿A quién anuncio?

DOCTOR. Al Doctor Aranda, (Entrando.) pero ya le veo. (El Doctor, sin dar tiempo á que el Mayordomo le anuncie, entra rápidamente y se acerca á Alberto. Lleva uniforme de médico militar.)

ALB. Doctor...

DOCTOR. (Hablando muy de prisa.) Trabajo me ha costado hallar este viejo palacio, oculto entre los árboles. Tengo prisa: aquello quedó arreglado: el herido no va mal: sépalo para su satisfacción... ¡Ea, agur y hasta otra!... (Reparando en un tapíz.) ¡Cielos! ¡ese tapíz! ¡qué extraño es esto!... (Mira alrededor con asombro.)

ALB. ¿Qué le extraña, Doctor?

DOCTOR. Nada... Parto en seguida.

ALB. ¿Á los Molinos?

DOCTOR. Sí: me esperan dos enfermos. (Sigue preocupado mirando alrededor.) (Esta sala... parece la misma... ¡ese balcón!... ¡Sería posible!)

ALB Está usted agitado, ¿qué le admira?

DOCTOR. Nada, don Alberto; ¿se hallará usted mañana aún en esta casa?

ALB. Naturalmente.

DOCTOR. Entonces puedo partir... Adiós (Se retira sin dejar de mirar á las paredes.) (No, no tengo duda. ¡Este fué el sitio!)

ALB. Pero... Doctor...

DOCTOR. Hasta mañana. (Vase velozmente.)

ESCENA XV

ALBERTO y luégo MARGARITA

ALB. ¡Qué registro impertinente! Preguntaré á Salazar si ese médico á quien apenas conozco, es un...

MARG. (Sale por el fondo y se dirige á Alberto, que no la ve acercarse.) ¡Alberto!...

ALB. ¡Oh! ¡ella! ¿tú, Margarita?

MARG. Silencio, por piedad. Necesito hablarte. (Con misterio y rapidéz.)

ALB. ¿Cuándo? ¿dónde?

MARG. Aquí mismo: mañana á las tres. (Margarita procura irse y Alberto la detiene, pero la suelta al ver al Marqués, que aparece: aquélla vase por la izquierda.)

ALB. ¡Aguarda... espera! (¡Ah... mi padre!)

ESCENA XVI

ALBERTO y el MARQUÉS

El Marqués se sorprende al ver á Margarita con Alberto: hace un movimiento de ira y se reprime. Después avanza lentamente hacia su hijo. Éste se muestra confuso y cuando va á hablar, el Marqués se lo impide.

MARQ. (Con suprema dignidad.) Ni una palabra... Tú sabes que esa mujer está confiada á nuestra hidalguía: que su honor es sagrado mientras respire bajo nuestro techo... Estoy tranquilo.

ALB. Sin duda, padre. Ahora deseo... ir á descansar... dame tu mano... (Se acerca al Marqués y le toma una mano para besarla. El Marqués la retira con viveza.)

MARQ. Ya eres un hombre.

ALB. ¿Qué es esto, Dios mío? (Con desesperación.) Tú me rechazas... ¿por qué?

MARQ. (Transición y conmovido.) ¡Jamás, pobre Alberto! (Le coloca las manos sobre los hombros y lo vuelve dulcemente hacia el retrato de la Marquesa.) pero tu corazón preñado de lágrimas debe desbordarse allí: ante esta infelíz señora, tu idolatrada madre, que tanto te quiso... ¡Llora y rézala mucho! (Alberto se arroja sollozando en el sofá. El Marqués se hiergue y contempla á su hijo un instante: cambia de entonación:) ¡Mientras que yo, con la conciencia siempre tranquila, sigo devorando un oceáno de amargura! (Vase lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DOÑA LUISA y MARGARITA

MARG. Tardan demasiado.

LUISA. No me sorprende; porque suele ocurrir lo mismo cuantas veces salen de caza. Habrán almorzado mucho y no se acuerdan de la hora de comer. Además, mi dichoso hermano es incansable en esa diversión, y se le va la vida corriendo por esos montes, como si por cada oso que trae le pagaran en plata lo que pesa. (Mira al reloj.) Son más de las dos y cuarto.

MARG. Alberto procurará que regresen pronto.

LUISA. ¿Por qué lo crees así?

MARG. Porque lo he citado para hoy á las tres en este sitio.

LUISA. ¡Margarita!

MARG. Necesito hablarle por última vez.

LUISA. ¿Cómo te atreves?... (Levantándose enojada.)

MARG. (Con dignidad.) Señora: esa sorpresa, ese enojo, ¿significan desconfianza?

LUISA. Pues háblale delante de mí, de nosotros.

MARG. Así lo haré, si usted no me aconseja lo contrario, cuando sepa que el único objeto de mi entrevista es pedirle las cartas que conserva de nuestro pasado amor. Esas cartas le pertenecen de derecho. Si yo solicitara su devolución delante de usted, lo creería una exigencia. Si se las pido á solas, mis súplicas las obtendrán.

LUISA. Soy mujer como tú, y te comprendo. Sé que adorabas á mi sobrino, y sin leer esas cartas discurro lo que pueden decir, como imagino también tus temores de que algún día la casualidad las colocara debajo de los ojos de tu marido, que es un Otello, según dicen.

MARG. No es exacto lo que dicen.

LUISA. Tanto mejor, Margarita. Habla, pues, con el chico; pero desconfía, porque como pasión no quita conocimiento, yo apostara á que cometerá una imprudencia... ¿Pero ese ruído, qué es? (Se acerca al balcón.) ¡Ah! que ya regresan los cazadores... Tiempo era... ¡Virgen santa! ¿qué traen ahí?... ¡Un oso... dos... dos osos!... Ea, pues ahora tendremos conversación insípida para una semana entre mi hermano, Aguilar y todos esos benditos de Dios... Es un tema inagotable el de los lances de una batida.

ESCENA II

DICHOS, EL MARQUÉS, ALBERTO, AGUILAR, SALAZAR y GUILLÉN

Todos traen escopetas y vestidos de caza, excepto Alberto, Salazar y Guillén que llevan uniformes. Entran hablando alto entre sí, y muy alegres.

SAL. Para mí es incomprensible.

MARQ. Pero es verdad.

AGUIL. Ya lo habéis presenciado.

SAL. Admirable, admirable! Y, sin embargo, creía yo que

al hundir todo el cuchillo en el pecho del oso se le daba un golpe mortal. (*El Mayordomo acude á tomar las escopetas y va entregándoselas á un guardamonte, que se las lleva por el fondo.*)

MARQ. En época del celo tiene la vida muy dura. Para matarlo de un intento hay que herirle detrás de la espalda.

GUILL. (*Saludando á las damas.*) Señoras... tengo el gusto...

LUIS. Más vale tarde que nunca.

GUILL. Salazar, que nos reprenden.

SAL. (*Acercándose también.*) ¿Pero no nos arrestan? ¡Lástima es!

AGUIL. (*Al Marqués.*) ¿En la espalda? Sí, convenido, sólo que para ello se necesita afrontar un abrazo.

MARQ. Pues se afronta.

SAL. ¡Cáspita!

AGUIL. Sí; usted que es un hércules... Prefiero la táctica de Alberto. ¡Qué bravo estuvo!

MARQ. (*Sonriendo.*) Bravo y sereno.

AGUIL. Dicen que de padres á hijos han sido siempre los Leizas cazadores sin rivales.

GUILL. Entonces, ¿quién se admira?

SAL Alberto no desmiente su raza.

MARQ. (*Mirando á su hijo con orgullo. Habla lentamente y como si argumentase en pro de una idea.*) Tú has reproducido hoy, punto por punto una hermosa hazaña de tu abuelo, que presencié en mi juventud. Entonces yo había herido al oso, y éste nos atacó: mi padre le salió al encuentro, como tú hiciste hoy; su cuchillo, como el tuyo, desdeñó buscarle el pecho, y de dos cortes le desjarretó las manos; después, con vista de lince, le clavó el hierro entre los ojos, haciendo rodar á la fiera de la misma suerte que tú la hiciste rodar ante nosotros... ¡Qué felíz me juzgué!

ALB. ¡Padre! (*Con alegría.*)

LUISA. Juan; me pareces un loco. ¿Habéis oído, señores, lo que hace felíz á este hermano mío? ¿De manera que si

Alberto no mata al oso tan gallardamente, estarías inconsolable?

MARQ. Hablas demasiado para no ser indiscreta.

LUISA. Perdone su señoría.

(Alberto está preocupado y distraído con la presencia de Margarita, á la que mira con frecuencia: ésta se muestra ensimismada.)

SAL. No hay motivo, señora; porque entonces también yo exigiría satisfacciones. El Marqués se ha reído de mí; le ha hecho dichoso verme huir del enemigo. ¡Y cómo reía! gracias que á la vez tumbaba de un balazo á mi encarnizado perseguidor.

MARQ. Señores: ya es ahora de comer, y aún necesitamos no pocos minutos para vestirnos y arreglarnos. Propongo que reanudemos en la mesa nuestra conversación. Alberto conducirá á ustedes á sus habitaciones.

LUISA. Eso es; y nosotras esperaremos aquí. Ya estoy resignada... (El Marqués saluda y vase por la izquierda.)

AGUIL. ¿A qué, Luisa?

LUISA. A aprenderme de memoria los lances de la caza.

ALB. Vamos, amigos. (Los lleva del brazo hacia el foro y hablando muy de prisa.)

SAL. (Alejándose.) Dice muy bien; pues si durante la cacería no se comentan los hechos, en cambio después...

GUILL. (Interrumpiéndole.) Justo; después los recuerdos se agolpan, los lances se analizan...

SAL. (Con voluvilidad y alejándose.) Cada cual tiene presentes sus aventuras más extrañas é interesantes...

AGUIL. Y lo que no dice el uno lo dice el otro...

SAL. ¡Oh! la fecundidad del asunto hace elocuente á todo narrador. (Vanse por el fondo.)

LUISA. E insoportable, sí señor, del todo insoportable.

ESCENA III

DOÑA LUISA, MARGARITA, y luégo ALBERTO

Apenas desaparecen todos, doña Luisa dice á Margarita con zozobra:

LUISA. Cuidado, Margarita; he leído en los ojos de Alberto que te adora aún; me ha dado miedo su mirada.

MARG. No tema usted, señora.

LUISA. Procura que sea breve la entrevista. (Alberto aparece en la puerta y se detiene; Luisa lo ve y lo llama.) Acércate. Margarita desea hablar contigo. Yo os dejo solos.

ALB. ¡Ah!... ¿tú sabías?

LUISA. ¿Por qué no? (Á Alberto.) Prudencia, Alberto, mucha prudencia. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

ALBERTO y MARGARITA

Por unos instantes se mantienen en silencio: él conmovido y ella confusa.

ALB. ¿Qué quieres de mí?

MARG. Hacerte una súplica.

ALB. Habla.

MARG. Me dirijo al hermano.

ALB. Yo no lo soy.

MARG. Al perfecto caballero.

ALB. Ya te escucho.

MARG. ¿Conservas mis cartas?

ALB. Sí, todas.

MARG. Devuélvemelas, por piedad.

ALB. Nunca.

MARG. ¿Para qué las necesitas?

ALB. ¿Y tú? (Ella se aparta y llora. Alberto la contempla.) De-

seas arrebatarme ese último recuerdo. Quemarlo en holocausto de otro hombre... ¿no es verdad?

MARG. Alberto...

ALB. Y eres tú la misma mujer que día por día y hora por hora, desde la infancia me acostumbró á decir: «¿Ama sólo á Margarita; sólo ella te adora; sólo sus caricias te abrirán el cielo?» ¿Eres tú aquella hermosa virgen siempre escudada por mi contra mí mismo?...

MARG. Yo soy esa pobre mujer, que cuando niña no podía medir la distancia que nos separaba. Soy la hija de una sierva del opulento prócer, mi amo y bienhechor; á él y á tu madre debo lo que sé y lo que valgo. Odio la ingratitud, y al pedirme ellos la vida, no la defendí.

ALB. Es cierto; pero tú sabías que me matabas también; sabías que yo hubiera esperado la eternidad sin poseerte y deseándote; sabías que para mí no se hallaba en el mundo más corazón que el tuyo formado por mi santa madre; sabías que me volvería loco al verte en brazos de otro hombre... ¡Y tú, cruel, admites un dueño y le entregas tus hechizos, y tu vida y tu alma entera! Ese tesoro por mí guardado con voluntad sobrehumana, que me pertenecía, que era mío... ¡otro lo disfruta, viviendo yo!... ¡Margarita, no puedo perdonarte!

MARG. (¡Dame fuerzas, Virgen santa!)

ALB. ¡Qué espantosa crueldad la de todos! ¡Qué insomnios horribles! Tu imagen me perseguía como en realidad es hoy. No ya la de aquella virgen, cuyos ojos se cerraban al sentir mi beso fugitivo. No, sino la espléndida belleza de seno palpitante y mirada fascinadora que participa del placer que infunde...

MARG. Alberto, por piedad, no debo oirte...

ALB. Ni yo puedo resignarme... Escucha; yo castigo al que me enoja y mato al que me ofende; esta es mi ley. Nadie se jactaba de que le hubiese servido de peldaño para su vanagloria. Ni á mi padre le permitiera

ese egoísmo... Pues bien; hoy, amarrado por ti á una rueda de tormento, soporto el enojo, la ofensa, la humillación y un martirio inacabable... Tu dueño y yo pisamos los dos extremos de la suerte. Cuanto más goza del paraíso, más me hunde en el infierno; cada beso que te imprime es un puñal que me clavan. ¡Oh! ¡basta ya! nadie ha de ser felíz á costa mia; no hay deberes de honor que me obliguen á esta tortura.

MARG. ¡Calla, calla! ¿estás delirando?

ALB. ¿Me has comprendido? ¡Ah, Margarita! No te asustes... (Con dulzura.) ¡Qué bella estás... qué hermosa... más que nunca!... ¡Si pudieras asomarte á mi corazón!... ¡Hoy vuelvo á verte, y no habrá ya fuerza humana que me arrebate lo que siempre fué mío!

MARG. ¿Estás loco?

ALB. ¡Sí! ¡Desde ahora vivirás para mí solamente muy lejos de esta tierra!

MARG. ¡Basta, Alberto!

ALB. Huiremos hoy mismo. (Le toma una mano.)

MARG. ¡Jamás! Déjame salir.

ALB. ¿Pero no comprendes que todo lo pasado ha sido un sueño?... ¡Tu perjurio, tu casamiento, tus noches de placer!...

MARG. ¡Me aterras!... ¡Déjame!...

ALB. Hoy despertamos frente á frente. La horrible pesadilla ha cambiado la esencia de nuestro amor. Ayer era luz y ahora fuego. ¡Eso es todo!

MARG. ¡Alberto, por piedad! ¡No puedo infamarme! ¡Imposible!

ALB. Pues bien; concluirás tu obra. (Soltándola.) ¡Vete... corre á los brazos de tu dueño!

MARG. ¿Qué quieres decir?

ALB. ¡Que no sufriré más!

MARG. ¡Alberto!

ALB. ¡Soy amo de mi vida!

MARG. ¡Dios mío!

ALB. ¡Vete... vete!...

MARG. (Llorando y con voz suplicante.) Si deseas verme á tu lado siempre anegada en lágrimas, sumida en la vergüenza, sin que por un instante brille en mis ojos la alegría; si quieres que arrastre una vida de remordimientos y que muera pronto en tus brazos horrorizada de mí misma y maldita de Dios... entonces, llévame contigo... aquí me tienes.

ALB. ¡Oh! (Cubriéndose el rostro.)

MARG. Pero antes dirige los ojos á mi santa protectora. (Le señala el retrato.) Allí está; ella nos ve.

ALB. ¡Madre mía! (Confuso y abatido.)

MARG. Pregúntale si ella no hubiera muerto mil veces antes que infamarse; si no sería ilusoria toda esperanza de dicha en medio del crimen para un corazón semejante al suyo.

ALB. Basta, Margarita... Tienes razón... Profanaríamos su memoria... Para mi desventura no hay remedio... ¡Que yo no vuelva á verte! Esa heróica firmeza avalora más el tesoro que me robaron... Seré fuerte también.

MARG. Gracias. ¡Qué bueno eres!

ALB. Conservaré tus cartas, porque ahora, más que recuerdos de una mujer, serán reliquias de una mártir... Un último favor quiero pedirte antes de separarnos. Díme, Margarita, sin que nadie lo escuche: díme que aún me amas á mí sólo; que no podrás olvidarme nunca; que tu alma es mía. Dímelo una vez nada más.

MARG. No puedo, Alberto. Esa confesión me haría culpable.

ALB. ¿Por qué?

MARG. Porque... no sé explicarlo. Hollaría la dignidad de... Perdona y sé generoso.

ALB. ¡Margarita!...

MARG. ¡Esas palabras no pueden pronunciarlas mis labios!...

ALB. Tus labios, no; pero... ¿y tus ojos? (La mira ansiosamente. Margarita lo contempla con amor: Alberto cae á sus piés radiante de alegría y le besa la mano. El Marqués sale por la izquierda.) ¡Tus ojos, sí! Margarita... ¡Bendita seas!

(Al ver al Marqués, se desprende de Alberto Margarita y queda avergonzada.)

ESCENA V

EL MARQUÉS, ALBERTO y MARGARITA

El Marqués, desde la puerta, mira á Alberto con horror é ira terrible. Éste se incorpora y queda confundido.

MARQ. ¡Dios santo! ¿No es ilusión? ¿Es posible lo que veo?

ALB. ¡Padre!... (Muy humilde.)

MARQ. ¡Silencio! ¡Yo no puedo ser padre de un infamador de mujeres! Ninguno, en mi raza, ha tendido lazos á la honra. ¡Tu condición depravada, tu libertinaje, no son herencia mía!

ALB. Pero, escucha.

MARQ. Apenas hombre, habías ya escandalizado á una comarca; quise creer que la locura te arrastró, y así lo aseguraste; pero ya veo que obedecías á inclinación irresistible... (Como si respondiera á una idea.) Cierto que eres valiente... ¿Y qué?... Sereno y temerario. ¡Bah! Veamos lo que te falta. ¿Eres caballero? No; porque afrentas á los otros. ¿Eres leal? No; porque engañas y abusas. ¿Eres bueno?... ¡Mentira, indigno vástago de los Leizas!

ALB. ¡Padre! (Temblando de ira.)

MARQ. No puedes comprender lo que me han revelado hoy tu mirada, tu actitud á los piés de Margarita... ¿Y ella? ¡Ah! Aún más... con su mano abandonada á tus besos... ¡Señor! (Dirigiendo la vista al cielo.) ¡Tú lo has permitido! ¡Ahora lo pierdo todo!... (Sollozando.)

ALB. Padre, vuelve en tí.

MARQ. ¡Aléjate! (Con altivéz y recobrando su energía.) ¡No desvarío por desgracia!

ALB. Pero eso que dices...

MARQ. ¡Oh! ¡agradece aún lo que me callo! (Pausa.) Ahora mismo voy á entregarte la herencia de tu madre: in-

mediatamente abandonarás esta casa para no volver á ella mientras yo exista.

ALB. ¿Qué oigo? ¿estoy soñando?

MARQ. Eres mi heredero y algún día llevarás mi nombre... Entretanto, olvídate de mí.

ALB. ¡Oh! ¡no es justo tanto rigor! Padre... (Avanzando hacia él.)

MARQ. (Con imperio.) ¡Espérame! (Alberto queda aturdido. El Marqués vase hacia la puerta y cerca de ella se detiene y parece luchar consigo mismo: vase rápidamente.)

MARG. (Á Alberto.) El Marqués nos juzga culpables: Alberto, no puedo consentirlo... Tú callabas, ¿por qué callabas?... Yo enmudecí de sorpresa. Ahora hablaré, sí. No desesperes. (Vase corriendo por donde salió el Marqués.)

ESCENA VI

ALBERTO

¿Qué es esto? ¿Arrojado por él? ¡casi maldito! ¿Mi pobre padre ha perdido la razón? La presencia de Margarita me hizo olvidar todo respeto y aparecer como un vulgar libertino; pero es inexplicable ese trastorno, ese desvarío, ese enojo terrible... ¡Estoy anonadado!... ¿Qué misterio habrá aquí?... ¡Cielos! ¿Será hija suya Margarita? ¿Será mi hermana?... ¡Imposible! si aún recuerdan todos nuestros viejos servidores el duro castigo que mi padre impuso al guardamonte por aquella seducción y ocultamiento que hizo de que estaba casado. Si recuerdan que él mismo confesó su culpa... Pero, entonces, ¡Ira de Dios! ¿qué le revelaba mi padre mi actitud? ¿qué dudas ó qué incertidumbres le torturaban la mente?... Me ha arrojado de esta casa.... Bien: el campamento me espera: partiré al instante, ¡pero no para siempre, padre mío! (Vase por el fondo.)

ESCENA VII

EL MARQUÉS y MARGARITA

Sale el Marqués llevando de la mano á Margarita con ánimo de dejarla en la sala y volverse; pero ella se desprende y se coloca delante de la puerta.

MARQ. Basta, Margarita, déjame... Necesito estar solo.
MARG. Es inútil, señor: no me iré: no, no me iré.
MARQ. ¿Qué quieres? acaba...
MARG. Dije á usted la verdad y usted no me ha creído.
MARQ. No.
MARG. ¡Señor Marqués! (Con indignación.) la huerfana que le debe todo, estaba obligada á perdonarle los insultos, pero hoy lleva el nombre de su esposo, cuyo honor le está confiado y no puede consentir que se le agravie.
MARQ. ¿De verás? (Con ironía.) ¿Es ó no exacto que amabas á Alberto?
MARG. Le amé con delirio.
MARQ. ¿Es ó no cierto que cuando te casastes, le amabas aún?
MARG. Usted lo sabía, señor.
MARQ. ¿Y es dudoso que ahora, postrado á tus piés besaba tu mano y te bendecía?... Díme, ¿acaso se bendicen los desdenes?
MARG. Era su despedida.
MARQ. ¿No era vuestro pacto?
MARG. Señor...
MARQ. Tú afirmas que eres pura.
MARG. ¡Sí!
MARQ. Pero le adoras...
MARG. Él no lo sabe...
MARQ. Tu alma le pertenece.
MARG. Ni á él ni á mí. Yo no mando en mi alma, pero sí en mi voluntad.
MARQ. ¡Quimérica honradéz!... ¡Por qué blasonas!... Ve y

díle á tu esposo: yo te soy fiel, mi cuerpo es sólo tuyo, pero mi alma y mi pensamiento son de otro hombre; á tu lado vivo, pero con su recuerdo me embriago; para tí son mis caricias obligadas, para él mis desvelos y ansias locas; mi alma es suya, pero mía la voluntad que me sostiene... ¡Ah! ¡cuán satisfecho te escucharía! ¡cuán orgulloso de tu firmeza! ¿No es verdad? Y fuera agravio mostrarte desconfianza... porque nunca, eso sí, nunca llegaría el amante á poseer la materialidad grosera que para el vulgo significan vuestro honor y virtud... ¡Es evidente! ¿Quién ha visto jamás doblegarse la voluntad de una mujer enamorada?... Tu esposo, pues, estará tranquilo ó será un tirano. Si observa que enrojeces porque el otro pasa, debe decir: «*es que lo ama*, pero ella tiene firmeza gracias á Dios.» Si entre sueños le nombras con ternura, él dirá: «es que lo adora, sí, pero ella no ha de ceder.» Si le sorprende á tus plantas bendiciéndote y besándote, entonces tampoco le será lícito gritar: «¡Mujer infame, qué haces de mi honra!»

MARG. Entonces, señor Marqués...

MARQ. Nada me digas: sería un insensato, porque... ¿y tu firmeza?... ¿y tu voluntad?

MARG. Juro á usted, señor, que soy inocente.

MARQ. Lo creo: ¿no fué esta entrevista la primera? Pero... ¿qué me importa? Tienes razón. Es que al veros en aquella actitud acusadora pasó por mí una cosa inexplicable... Me juzgué tu esposo... testigo de tu adulterio ..

MARG. ¡Señor Marqués! (Con indignación.)

MARQ. De tu adulterio moral, é imaginé el castigo... Como yo no era él, aún vivís. ¿No hallas espantoso que creyera justamente condenados al heredero de mi nombre y á mi hija adoptiva?

MARG. Perdón, padre mío. (Se arroja en brazos del Marqués y éste la estrecha.)

MARQ. Más vale así. No te rechazo... Tu culpa es perdonable aún. No elejistes esposo. Pero ahora, Margarita, hija querida, si quieres ser honrada, desconfía de tu fortaleza y ampárate de tu hogar.

MARG. Sí; partiré hoy mismo; ¿pero perdonará usted á Alberto?

MARQ. ¿Á Alberto? Sí: se llevará mi bendición.

MARG. ¿Y vivirá con usted?

MARQ. ¿Conmigo? ¡Nunca!

MARG. Señor...

MARQ. (Sollozando.) ¡Sin él... sin tí... Dios mío... qué triste vejéz... qué solitaria...

MARG. Pero, padre...

MARQ. Silencio, Margarita. Acércame tu frente. (La besa.) Adiós. (Vase llorando por donde vino.)

ESCENA VIII

MARGARITA, ALBERTO, SALAZAR, GUILLÉN y AGUILAR

Margarita se sienta en el sofá muy preocupada: Alberto entra á la vez que todos los demás, y queda en segundo término.

GUILL. Sería mi bello ideal.

SAL. Vivir en esta hermosa mansión rodeada de bosques y jardines, no lejos de esos montes que hoy recorrimos...

GUILL. Con buena mesa, y buen tabaco y...

SAL. Y buenas y frescas aldeanas.

AGUIL. Se cansarían ustedes.

GUILL. ¿Á usted le consta?

SAL. Tiene la experiencia... Pero, ¿qué haces, Alberto? estás preocupado.

ALB. No.

SAL. A propósito: ¿adivinas de lo que tiene que hablarte con interés el doctor Aranda?

ALB. ¿Desea hablarme?

SAL. Seguramente: hace poco me ha traído un ordenanza

esta carta suya. (Abre y lee la carta.) «Capitán, los enfermos siguen mejor. Ruegue usted á don Alberto que me espere en la *Baronía,* cuya casa conoce bien sin duda, cuando encargó que nos reuniésemos en ella.» (Suspende la lectura.) Aranda se equivoca como nosotros nos equivocamos: aún no sabe que esta casa es la de tu familia. (Vuelve á leer.) «Ayer lo ví, pero un minuto, porque me urgía venir á los Molinos. Dígale á don Alberto que necesito comunicarle un asunto de gran interés... Marcho en seguida.»

ALB. (Agitado.) Díme: ¿ese señor Aranda, es hombre serio?

SAL. Y digno y caballeroso. Lo conozco mucho.

GUILL. ¡Ya lo creo!... ¿Por qué lo preguntas? (El Secretario entra en las habitaciones del Marqués.)

ALB. (Preocupado.) Porque cuando estuvo aquí registró con la mirada todo el salón, revelando cierta sorpresa que no pude comprender.

SAL. Ni yo podría explicártela.

ESCENA IX

DICHOS y LUISA

Sale por la puerta de la izquierda: los oficiales se acercan á ella: Alberto sigue ensimismado.

LUISA. Los hombres de espada siempre son puntuales. ¿Han esperado mucho?

SAL. Un siglo, señora.

LUISA. ¿Cómo un siglo?

SAL. Es decir, un minuto que parece un siglo.

LUISA. No lo creo. (Con sorna. Salazar habla con Luisa y Guillén con Margarita.)

ALB. (¿Qué querrá decirme el doctor?)

LUISA. Sólo falta mi hermano.

ESCENA X

DICHOS y el SECRETARIO

SEC. El señor Marqués suplica á ustedes que pasen al comedor: él no tardará tampoco en sentarse á la mesa.

LUISA. (Levantándose.) Me parece muy bien: allí lo esperamos con más filosofía. (Salazar ofrece el brazo á Luisa y Guillén á Margarita: vanse hablando por el fondo. Aguilar se acerca á Alberto.)

AGUIL. Vamos, pues. (Á Alberto: éste se excusa.)

ALB. No: yo espero á mi padre.

AGUIL. Como usted guste. (Vase hablando con el Secretario.)

ESCENA XI

ALBERTO y el MAYORDOMO

MAYORD. ¿Señorito?

ALB. ¿Qué quieres?

MAYORD. Pregunta por usted aquel caballero que pasó ayer por aquí como una saeta.

ALB. ¡Ah! el Doctor Aranda.

MAYORD. Justamente; pero como es hora de comer, yo no sabía...

ALB. Sí, introdúcelo al momento. (Se dirige hacia el fondo, y da la mano al Doctor que entra.)

ESCENA XII

ALBERTO y el DOCTOR ARANDA

Aparece Aranda de uniforme y se dirige rápidamente á Alberto; éste lo recibe con frialdad y preocupado.

DOCTOR. ¿Don Alberto?

ALB. Señor Aranda... (Le da la mano.)

DOCTOR. El deber me detuvo hasta ahora, y temí llegar tarde para encontrar á usted en este caserón.

ALB. Con efecto; me disponía á abandonarlo.

DOCTOR. A Dios gracias es tiempo aún de que usted me ayude á exclarecer un horrible misterio...

ALB. (Asombrado.) ¿Qué dice usted, Doctor?

DOCTOR. Digo que es caso de conciencia el aclararlo. (Mirando alrededor.) No me equivoco. Este es el mismo salón que tengo grabado aquí desde aquella noche... Esta fué la siniestra casa...

ALB. ¿Siniestra?... ¿por qué le llama usted siniestra? pronto, contésteme.

DOCTOR. (Asombrado.) ¿Qué es eso, don Alberto? ¿Acaso tiene usted en ella más que relaciones de amistad? ¿tiene usted familia? En tal caso yo...

ALB. (Reprimiéndose) No, no; conozco á los dueños, pero... nada más... Continúe usted.

DOCTOR. Tanto mejor; así podrá usted informarme de...

ALB. Sin duda. (Se sientan en el sofá: el Doctor de espaldas al retrato)

DOCTOR. ¿Nadie nos escucha?

ALB. Nadie. (Nervioso.)

DOCTOR. Perfectamente. (Pausa.) No hace mucho fuí destinado á nuestra división desde otro cuerpo de ejército que operaba en Cataluña; tenía que caminar treinta leguas por carretera, ó quince tan sólo siguiendo los atajos, y aunque me sentía enfermo, preferí esto último; pero como no conocía el país, pronto me hallé casi perdido en el corazón de Navarra; pernocté en un caserío porque me devoraba la calentura. Allí me asistieron los honrados labradores como Dios les dió á entender, y apenas me juzgué con fortaleza bastante, dispuse continuar la marcha. Hállabame en la humilde habitación haciendo los preparativos para partir á la mañana siguiente, cuando me sorprendió con su visita un hombre de semblante adusto y tris-

te:—He sabido y ahora lo veo por su uniforme, que es usted un médico militar—me dijo aquel desconocido.—Efectivamente—respondí.—Necesito de los servicios de usted, porque el único médico que moraba en estos contornos, se halla postrado; mi casa está muy cerca; en ella acaba de ocurrir una muerte repentina; pero es preciso que la ciencia lo certifique.»

ALB. ¿Y fué en esta casa?

DOCTOR. En esta misma; aquí llegué guiado por aquel hombre; subí las anchas escaleras reparando en sus guerreras esculturas; atravesé el vestíbulo y me detuve en este salón para reponer mis fuerzas, porque estaba mucho más débil de lo que había creido. Después, afanoso de aire fresco, abrí ese balcón, cuya balaustrada de piedra iluminaba la luna.

ALB. Continúe usted, Doctor.

DOCTOR. Cuando hube descansado, me condujo el desconocido ante un lecho donde yacía una mujer joven, hermosa y pálida como la cera.

ALB. ¿Una mujer? Bien, sí.

DOCTOR. Estaba completamente vestida; me bastó una ojeada para conocer que era cadáver. Entonces el desconocido me dijo que certificara la defunción, y comenzaba á contestar á mis preguntas de rúbrica, cuando de repente vuelven las fuerzas á abandonarme; sentí un desvanecimiento y busqué apoyo para no caer; mi mano crispada tropezó con el pecho de la muerta desgarrando sus vestidos y me hallé de rodillas con los ojos muy cerca de su garganta desnuda; entonces miré, miré con horror, dí un grito y rodé como un tronco.

ALB. (*Levantándose lívido.*) Pero ese grito, ese horror, ¿por qué?

DOCTOR. Porque aquel cuello estaba amoratado, con señales indelebles de haber sufrido una presión espantosa.

ALB. (*Con estupor y casi sin habla.*) Que... ¿qué monstruosidad ha soñado usted?... está loco este hombre... (*Tambaleándose.*) ¡corre hielo por mis venas!...

DOCTOR. Cuando volví á la vida, me encontré incorporado al ejército, y nadie supo decirme con certeza de dónde me habían traído, ni yo pude colegir hasta ayer cuál fué la casa en que descubrí el crimen. Ahora conviene que pregunte usted á los criados si en la fecha á que me refiero había muerto alguna mujer en esta casa.

ALB. No necesito preguntarlo. . ¿Qué fecha fué la de aquella noche?

DOCTOR. Hoy hace... sí, eso es, tres meses justos...

ALB. ¡Oh!... ¡Dios mío! Ese tiempo hace que murió aquí una noble señora. (Lo señala el retrato y queda fijo en el rostro del médico.) ¡Esa! (El Doctor se aproxima, la contempla un instante y retrocede.)

DOCTOR. ¡Esa, esa fué la estrangulada!

ALB. ¡Esa es mi madre!!

ESCENA XIII

DICHOS y EL MARQUÉS

El Marqués aparece en la puerta con papeles en la mano y se detiene. El Doctor lo ve, y dice con horror:

DOCTOR. ¡Ah! ¡El desconocido que me trajo ante su lecho!

ALB. ¡¡Mi padre!!

MARQ. (Avanzando.) Sí; yo fuí quien la mató.

(Alberto da un grito y avanza dos pasos como para arrojarse sobre su padre, y cae desplomado. El Marqués lo contempla altivo y cruzado de brazos. El Doctor acude á socorrer á Alberto.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

SALAZAR sentado y GUILLÉN entrando.

GUILL. Todo está listo.

SAL. Me alegro; así emprenderemos la marcha en cuanto hayamos almorzado. Yo quería detenerme hasta que Alberto pudiera seguirnos; pero esta orden del general es terminante. (Le da un papel.)

GUILL. (Leyendo.) Ya lo veo. Parece que en las Provincias hacemos falta, á pesar de lo montañoso del país... ¿Y cómo sigue nuestro amigo?

SAL. Ya habla y conoce... Acabo de verle.

GUILL. ¿Y qué dice?

SAL. Dice, y no dice otra cosa, pues sabes cuán terco es, que quiere dejar la cama, vestir el uniforme y montar á caballo inmediatamente, porque su deber le manda incorporarse al escuadrón.

GUILL. ¡Es un disparate!

SAL. Eso le he contestado, prohibiéndoselo como jefe.

GUILL. (Con misterio.) ¿Sabes, querido Salazar, que no veo claras muchas cosas?

SAL. ¿Sabes, querido Guillén, que digo lo mismo?

GUILL. Recuerdas que íbamos á sentarnos á la mesa, cuando Alberto sufrió ese repentino ataque cerebral; bueno. ¿Puedes explicarme por qué no nos dejaron entrar en su alcoba?

SAL. ¿Y puedes decirme por qué ha continuado la prohibición de verle hasta ayer que estuvo libre de calentura?

GUILL. No. Pero me dirías tú, ¿qué bicho le habrá picado á nuestra señora doña Luisa, para que esté como una loca repitiendo por lo bajo: «Infame, infame, pobrecilla?»

SAL. Sí; cuando tú descubras en dónde se ha metido el Marqués desde que su hijo cayó enfermo.

GUILL. Averígüelo Vargas.

SAL. Aquí está el Doctor. (Sale por la puerta de la izquierda hablando con doña Luisa; los oficiales se levantan y saludan. Doña Luisa les contesta ligeramente, y se sienta muy abatida en el sofá próximo al retrato.)

ESCENA II

DICHOS, DOÑA LUISA y EL DOCTOR

GUILL. Señora... (Saludando.) ¿Conque tenemos ya á Alberto fuera de peligro? (Al Doctor.)

DOCTOR. Seguramente.

SAL. Gracias á nuestro sabio y simpático Doctor.

DOCTOR. Gracias á la naturaleza de hierro que posee el muchacho; pero necesito, capitán, que rompáis la marcha en seguida.

SAL. En eso estamos.

DOCTOR. Yo le he prometido, para que me obedezca, que momentos antes de partir entrarán ustedes á despedirse.

SAL. Sí; pero cuando haya sonado el toque de botasillas; no le daremos tiempo á que intente acompañarnos.

DOCTOR. Muy bien. señores; yo iré con ustedes, porque repito que Alberto no me necesita ya; ahora, con los cuidados de doña Luisa llegará á restablecerse en pocos dias.

GUILL. Pues hasta luégo, Doctor... Señora, á los piés de usted.

LUISA. Buenas tardes. (Salazar y Guillén vanse hacia el fondo.)

GUILL. No te digo que... (Á Salazar.)

SAL. *Andiamo*, compañero (A Guillén. Vanse.)

ESCENA III

DOÑA LUISA y EL DOCTOR

Luisa llora en silencio: el Doctor acude á ella.

DOCTOR. Luisa, no hay que creer en esa horrible historia. El delirio de un enfermo es...

LUISA. Doctor, quisiera persuadirme, pero no puedo.

DOCTOR. Ha visto usted que desde que recobró la razón no ha vuelto á insistir en el tema de su delirio.

LUISA. Sí; ¡pero sus ojos dicen tanto! Además, ¿cómo quiere usted que dude, cuando mi hermano no ha entrado una vez á verlo, ni aun ha salido de la torre para nada? ¿Qué significa esto? Al mismo tiempo me parece imposible que Juan... ¡qué horror! ¡Si usted supiera lo santa que era ella y cuánto le amaba! ¡Y si supiera usted lo noble y tierno que mi hermano ha sido siempre! ¡Dios mío! yo me vuelvo loca...

DOCTOR. Vamos á ver... Es indudable que únicamente los celos hubieran armado la mano del Marqués contra su esposa...

LUISA. ¿Los celos? No. En vano acudo á mi memoria. Yo he vivido muchos años con los dos, y jamás... jamás observé la más pequeña nube de esta clase.

DOCTOR. ¿Usted ha vivido con ellos?

LUISA. Sí, Doctor; más de quince años, en distintas épocas.

DOCTOR. ¿Y nunca advirtió usted que hombre alguno, amigo de la casa, se acercase á la Marquesa?

LUISA. ¡Nunca!

DOCTOR. (Es muy extraño.) ¿Estaba usted aquí cuando la Marquesa murió?

LUISA. No: hacía seis meses que me hallaba en la córte, pero regresé en seguida que supe la desgracia.

DOCTOR. ¿Y cómo explicó el Marqués la enfermedad de su esposa?

LUISA. Mi hermano no me dió casi explicaciones: lo hallé sumido en una desesperación sombría: estuvo como demente y yo respeté su pena y su silencio.

DOCTOR. Si no han existido los celos, para mí es todo incomprensible. (Como hablando consigo mismo.)

LUISA. ¡Ah! por fin confiesa usted...

DOCTOR. ¿Yo? yo no he dicho... (El Marqués entra por el fondo y avanza lentamente.) ¡El Marqués!

LUISA. ¡Mi hermano! (Se levanta rápidamente.)

ESCENA IV

DICHOS y el MARQUÉS

Según avanza el Marqués, Luisa retrocede con temor y se dirige á la puerta de la izquierda.

MARQ. Luisa, déjanos solos.

LUISA. ¡Tú!... ¡Tú!... Me causa miedo. (El Marqués indica á Luisa que se vaya por el fondo.)

MARQ. ¡Espera... por allí! (Señalando el fondo. Luisa cambia de dirección y vase por el fondo: el Marqués cierra la puerta, volviendo cerca del doctor.)

ESCENA V

EL MARQUÉS y el DOCTOR

MARQ. Doctor...

DOCTOR. Señor Marqués...

MARQ. ¿Alberto se ha salvado?

DOCTOR. Sí.

MARQ. ¿Dónde está?

DOCTOR. Ocupa un lecho en la última alcoba de esa crujía. (Pausa.)

MARQ. Caballero, usted tiene un sagrado derecho á erigirse en juez mío.

DOCTOR. Señor Marqués.

MARQ. Su conciencia se lo ordena.

DOCTOR. Es verdad.

MARQ. Por eso vengo á hablarle. (Pausa.) Soy el matador de una inocente.

DOCTOR. ¿Qué?

MARQ. Me cegaron apariencias engañosas y cometí el crimen. Esa noble mujer fué siempre honrada: si usted no me cree bastante castigado con los remordimientos que sufro, puede entregarme á los tribunales: allí declararé mi culpa.

DOCTOR. ¡Ah! ¿De modo que tiene usted la prueba de su error?

MARQ. Sí.

DOCTOR. ¡No es verdad! (Severamente.)

MARQ. ¡Caballero!

DOCTOR. Perdón mil veces: usted me ha hecho su juez.

MARQ. Para tranquilizar su conciencia; pero no consiento dudas sobre la honra de mi pobre víctima.

DOCTOR. Tengo la prueba contraria.

MARQ. ¿Usted?

DOCTOR. Señor Marqués: si usted hubiera matado por error, habría dicho á su hijo: «Esto hice; perdóname ó aborréceme, pero déjame llorar en tus brazos: une tus lágrimas á las mías; acúsame á todas horas, injúriame, para que purgue y sufra más: tú que eres carne de su carne, no te apartarás de mí hasta que yo expire de dolor bendiciendo á mi esposa.»

MARQ. ¡Oh!

DOCTOR. Esto es lo humano: ¿por qué no lo hizo usted? Aún es tiempo: Alberto ha resistido á la espantosa revelación, pero no resistirá á la pena de creer á su madre infa-

mada. Corra, corra, llévele la vida con esas pruebas que posee y pídale sus brazos: quizás no se los niegue.

MARQ. ¡Oh!

DOCTOR. Vaya usted á acusarse y á rehabilitar la honra de ella. Es un deber sagrado.

MARQ. Iré, iré... más tarde...

DOCTOR. ¡Usted no irá nunca!

MARQ. ¿Nunca?

DOCTOR. Porque cree que Alberto no es su hijo.

MARQ. ¡Oh! (Cubriéndose el rostro.) ¡Dios mío!... ¡no, no lo es, no lo es! (Cae sollozando en un sillón. Pausa. El Doctor se acerca al Marqués con solicitud.)

DOCTOR. Su alma de usted rebosa tanta amargura... que... me siento conmovido; soy hombre de honor. ¿Quiere usted un amigo, un hermano? Aquí me tiene.

MARQ. (Levantándose y abrazando al Doctor.) ¡Ah! ¡sí, ya no puedo más! usted es el primero que ha leído en mi corazón: usted es mi cómplice por su silencio, á usted debo la verdad toda.

DOCTOR. Quizás pueda darle yo algún consuelo.

MARQ. Escúcheme, y luégo olvide para siempre. Carmen en su primera juventud amó con delirio á un primo suyo, pero tan depravado, que los padres de ella cortaron sus relaciones. Por entonces la conocí y me casé; no me opuse á que su antiguo novio nos visitara como miembro de la familia, pero á mi regreso de un viaje oí murmurar; alguien me señaló el posible riesgo de una apariencia engañosa por la fama de aquel hombre, y le cerré mi casa. Se alejó sonriendo de tal modo que nunca pude olvidarme de aquella sonrisa. (Pausa.) Ya no volvimos á verlo hasta después de veinte años.

DOCTOR. ¿Y fué usted felíz, Marqués, en ese largo período? ¿No le torturó otra vez la inquietud?

MARQ. Fuí completamente felíz. Entonces nació Alberto, y según crecía juzgábame más dichoso; aquel niño era un ángel; primero fué mi encanto, luégo mi admira-

ración, mi orgullo, mi idolatría... ¡Hoy! ¡ah! hoy es Alberto mi tortura. ¡No es mi hijo! Lo sé, lo sé... ya tengo la prueba. ¡Ahora asómese, Doctor, al infierno de mi alma, y vea cómo luchan aquella idolatría con este bochorno, la fe con la verdad; vea como me desgarran al arrancarme de cuajo la imagen de Alberto para sembrar el odio; ya no debo amarle y le amo; me horroriza y me subyuga; veinte años le adoré; ¿quién estirpa sus raíces de mi corazón? Este suplicio me mata, me devora y nadie puede comprenderlo.

DOCTOR. ¡Oh! para aceptar tan cruel desengaño debe usted tener pruebas evidentes. Usted adoraba á su esposa.

MARQ. Con frenesí.

DOCTOR. El frenesí suele cegarnos.

MARQ. Ahora juzgará. (Pausa.) Aquel hombre volvió hace seis meses aún joven y gallardo; ya no recordaba yo sus hábitos antiguos. Observé que Carmen le demostraba aspereza; pero un día le sorprendí á las plantas de mi mujer y besándole la mano... No solicité explicaciones; arrastré al infame hasta la selva, y allí con dos espadas reñimos silenciosos; él cayó y lo creí muerto; entoncés le despojé de unas cartas que mi mujer había mencionado y las leí: todas rebosaban pasión; unas estaban firmadas y con fechas anteriores á mi matrimonio; otras sin fechas ni firmas, porque sin duda ya hubieran sido acusadoras.

DOCTOR. Debió usted dudar.

MARQ. Dudé un segundo, nada más que un segundo. (Con voz sorda y casi al oído.) Pues el hombre que allí agonizaba me llamó y me dijo con su último aliento: «Ya es tarde Marqués, ya es tarde.» ¡Oh! ¡en esos instantes nadie miente!

DOCTOR. En esos instantes nadie acusa.

MARQ. Acusa el que se venga.

DOCTOR. Así espira sólo un calumniador. ¡Es infalible!

MARQ. ¡Ah! Persuadid al marido...

DOCTOR. Yo habría dudado más.

MARQ. Yo también dudé; subí á interrogar á la Marquesa que me recibió con altivéz irritante; no quiso contestar á mis preguntas; supliqué en vano mil veces, y al verme ensangrentado y vencedor, lanzó gritos, no de horror hacia mi crimen, sino de angustia por la muerte de su amado. ¿Podría yo equivocar estos acentos? ¡Asesino, asesino! me gritaba. Entonces, ciego de ira, mi mano cayó sobre su garganta por un instante, sólo un instante, mas con tal presión inconsciente, que al retirarla ya ella no vivía! (Pausa y con voz sorda.) Mi intención fué ahogar su grito de cínica defensa.

DOCTOR. Hallo vehementes indicios, pero nada más... ¿Y Alberto?...

MARQ. ¡Ah! reveló hace tiempo su verdadera condición; no es un miembro de mi raza. Si ayer dudaba aún, hoy es imposible. La Providencia quiso reproducir ante mis ojos aquí, en esta casa, en este sitio, una escena igual, igual á aquella escena espantosa. ¡Oh! ¡Dios mío! El rostro de Alberto era entonces un vivo trasunto del miserable que me afrentó; la mirada de Alberto sobre Margarita era aquella misma mirada criminal que se posó en Carmen y quedó grabada aquí. (Golpeándose el pecho: suena fuera y lejos el toque de botasillas.)

ESCENA VI

DICHOS y ALBERTO

MARQ. Yo hubiera ocultado siempre esta horrible historia devorando mis dolores, pero la fatalidad no lo ha querido... Ahora, dígame usted, Doctor, si soy más culpable que desdichado.

ALB. Á mi me cumple responderte. (Al oir á Alberto, el Marqués y el Doctor se levantan con horror, pero el Marqués se so-

brepone á su flaqueza y se hiergue ccn altivéz como aceptando la situación que crea la pr. sencia de su hijo.)

DOCTOR. ¡Alberto!

MARQ. ¡Tú!!

DOCTOR. (Acercándose á Alberto.) ¿Qué locura es esta? No debo consentir...

ALB. (Recházalo bruscamente: luégo le atrae con dulzura.) Ruego á usted que permanezca aquí mientras hablo con el Marqués: usted ha escuchado la acusación hecha á una mártir... (Le falta la voz y vacila. El Doctor se inclina y pasa al segundo término. Alberto se acerca al Marqués.) ¡Si yo pudiera dudar sólo un momento de la virtud de esa santa (Indicando el retrato.) lo aprovecharía para vengar su inhumano sacrificio... ¡pero el matador es mi padre!...

MARQ. No lo soy

ALB. Apenas puedo hablar; tengo deshecho el corazón... me repugna la vida... y esta entrevista contigo. Pero antes de alejarme para siempre, necesito persuadirte ¡pobre loco! de tu horrible injusticia para que veneres la memoria de mi madre. Fuiste esclavo de los celos con pretexto de la honra. ¡Maldita sea la honra, que ejecuta á una mujer con más expedición que á un criminal!

MARQ. No eres tú el que puede medir mi espantoso sacrificio, ni compadecerme,

ALB. Yo soy el que puede medir tu bárbara locura. Soy el que un día tendió á sus piés al hombre que te acusaba con pruebas en la mano, seguro de no engañarme, y tuve razón. Soy el mismo creyente, idólatra de esa santa, que lloro lágrimas de fuego, porque no puedo beber la sangre de su verdugo; pero antes maldito que consentir yo en que ningún labio afrente su recuerdo. Tú, no satisfecho con matarla, la acusas para sincerarte: conviertes las ruínes sospechas que te cegaron en verdades, y pregonas el legado de su mentida falta que enloda mi frente. ¡No, padre; aunque

cien veces lo fueras! Si crees en el delito, bebe amargura y calla! ¿Dónde está tu fortaleza? Pero has hablado y ese hombre ha oído. ¿Quién sabe si lo creerá? ¡Oh! Ni él ni tú saldréis jamás de aquí! (Retrocede varios pasos y saca á medias el sable. El Marqués se adelanta hacia Alberto con actitud amenazadora. El Doctor se interpone, y con dulzura calma á Alberto haciendo que envaine de nuevo.)

MARQ. ¡Ridícula amenaza! ¡Prueba á hacerlo, desdichado!

DOCTOR. Querido Alberto, calma, por favor. (Alberto sufre una crisis y prorrumpe en sollozos.)

ALB. ¿Qué has hecho de mi madre? ¿Por qué me has arrebatado á la que cuidó de mi niñez, que me enseñó á amarte como un Dios, que te presentaba á mis ojos como dechado de hidalguía? ¿Qué has hecho de aquella que me inculcó el deber y que al abrazarse á mi cuello en vísperas del combate me decía: «No tiembles ante el enemigo: acuérdate de tu honra de soldado, y que Dios te ampare: el honor es primero que la vida.» ¿Es esta noble mujer la que como vil ramera ha hollado tu honra? ¡Mentira, padre, mentira!

MARQ. Díme: ¿antes de ahora, me has conocido cruel, injusto ó demente?

ALB. No.

MARQ. ¿Habías hallado por el mundo quien me aventajara como padre bueno y marido amante?

ALB. No.

MARQ. Entonces, ¿por qué me acusas sin vacilaciones? ¿Por qué crees ciegamente que yo me haya convertido en ingrato parricida? ¿No te parece esto tan monstruoso como el que tu madre se infamara?

ALB. Te acuso porque la has condenado á silencio eterno: porque para herirla tuvistes que subir al altar que le erigimos, admirados de su virtud, en largos años de prueba. ¿Pudo ser culpable? ¿No te parece esto tan monstruoso como el que yo te crea un asesino vulgar?

MARQ. (Con vehemencia.) ¿Tú no sabes, desdichado, que yo daría toda mi sangre, gota á gota, y hasta mi espe-

ranza en Dios, por creerme asesino de una santa? ¿Sabes tú la felicidad que fuera para mí acabar la vida postrado sobre el sepulcro de tu madre? ¿Sabes si resistiría mi corazón al goce de la fe recobrada? ¡Ah! ¿Qué hiciera yo por conseguirlo?

ALB. (Con violencia.) ¡Húndete en mi desenfreno y aprenderás lo que vale una mujer! ¡Bendita sea la torpe audacia que me arrastró desde fáciles conquistas á derrotas del orgullo! ¡Cuántas veces enmudecí: cuántas veces admiré! ¡Cómo defendían el hogar, la confianza sola de un esposo ó la presencia de un niño! ¡Qué caudal de fortaleza vieron mis ojos! ¡Al fin de la jornada había aprendido: me dominó el respeto! ¿Y quieres que yo, testigo de la virtud de tantas mujeres, casi desconocidas, encontradas al acaso, conceda que mi madre, sin la disculpa de la necesidad, ni del desamor tuyo, ni del vil ejemplo, haya caído en el lodo, y luégo te haya presentado el hijo de su falta con mirada serena, con dulce sonrisa para que lo besaras y te enorgullecieras? ¡¡Mientes, padre, mientes mil veces!!

MARQ. (Con furor.) Haces alardes de lecciones redentoras, de respeto á la mujer, y ayer te sorprendí solicitando á Margarita. ¡Ah! también ella hablaba á su marido con cariñoso acento. ¡Hipócritas!

ALB. Margarita es pura. Quiso estas cartas que le negué. Aquí están. Son iguales, sin duda, á las que arrebates tú á aquel desdichado. (Le saca y enseña febrilmente.) Cartas con fechas y sin ellas, todas apasionadas. Tómalas y regístralas bien: cotéjalas con las otras, ya que sabes que éstas eran inocentes (El Marqués toma las cartas y sin mirarlas las esparce por el suelo.)

MARQ. ¡Ira de Dios!... Margarita me ha confesado que aún te adora; ¡esa es su inocencia! ¡Así como á tí, sorprendí á tu padre arrodillado ante esa desventurada. (Señala el retrato.)

ALB. (Con gesto terrible.) ¡Calla ó pierdo la razón! (El Marqués

y Alberto avanzan un paso. El Doctor se interpone para calmarlos. Luégo se dirige á la puerta del fondo y la abre.)

DOCTOR. ¡Alberto!... ¡señor Marqués!

ALB. ¡Tú no crees lo que dices: quieres engañar á tu conciencia!

MARQ. ¡Ah! ¡Me juzgas capáz de rechazarte y de escarnecer á una víctima por miedo á mi crimen! ¡Sospechas que yo dude del delito y que soy tan vil como cobarde!... Pues bien: basta ya. Alberto, juro á Dios que creo eres hijo adulterino.

ALB. ¡Oh! (Con estupor.)

MARQ. Y en nombre de mis timbres ultrajados, de mis afecciones muertas, de mis crueles torturas, juro no escucharte más palabra. Vete. (Con furor.)

ALB. ¡Imposible!

MARQ. ¿Es que necesitas prueba tal de mi convicción que ahuyente toda duda, que te inflame en ira y en vergüenza?...

ALB. ¡Quiero la prueba de que no soy tu hijo!

MARQ. ¡No, no lo eres, cuando el Marqués de Leiza te agravia así! (El Marqués se acerca á Alberto, y levantando el brazo, le descarga una bofetada sobre la mejilla. Alberto al recibirla tiembla y ruje como un león, pero se contiene. Por la puerta del fondo aparecen Salazar y Guillén.)

ALB. ¡Oh! (Grito ahogado.)

ESCENA VII

DICHOS, SALAZAR y GUILLÉN

SAL. ¡Dios santo!

GUILL. y DOCTOR. ¡Ah! (Los oficiales se acercan á Alberto silenciosos. El Marqués ha quedado frente de éste en actitud observadora. Larga pausa. Cuando el Marqués advierte la inmovilidad de Alberto, se turba y exclama.)

MARQ. ¿Soportas la afrenta?

ALB. ¡Sí! ¡Eres mi padre! (El Marqués se sobrecoge y retrocede

con horror. Alberto se vuelve hacia el retrato y dice.) ¡Madre mía, no puedo darte mayor prueba de mi fé! (Diríjese luégo à los oficiales y exclama.) Gané esta cruz de San Fernando cumpliendo mi deber con la patria y ahora vuelvo á ganarla cumpliendo un deber con Dios.

MARQ. (Revelando una lucha terrible.) ¿Qué es esto?... ¿por qué ha resonado su grito en mis entrañas? ¿Quién le inspira esa grandeza?... Mi corazón quiere estallar. (Queda observando á Alberto con emoción grandísima. Mientras habla el Marqués, Alberto desengancha su revolver y casi ocultamente lo amartilla. Los oficiales y el Doctor permanecen silenciosos á corta distancia.)

ALB. ¡Imposible!... ¡veo que es imposible!... ¡Yo no puedo vivir afrentado! (Se aproxima el revolver á la cabeza, pero se lo arranca Salazar de la mano. El Marqués, al ver el ademán de Alberto, da un paso hacia él gritando.)

MARQ. ¡Hijo! (Al advertir que le han quitado el arma se detiene confuso y vuelve el rostro.)

SAL. ¡Eso no, Alberto! ¡El enemigo espera!

ALB. ¡Vamos! (Vanse hacia el fondo y al llegar á la puerta vuélvese Alberto y dirigiéndose al retrato dice entre sollozos.) Aquí te dejo sola con mi padre... Perdónalo como yo. (Vanse por el fondo: el Doctor les sigue. Esta salida debe hacerse lo menos lenta posible.)

ESCENA VIII

EL MARQUÉS

Cuando el Marqués queda solo, mira alrededor como asustado y habla con frase cortada.

Se fué... Esa prueba sobrehumana que ha soportado, ¡es más grande que la mía!... No sé qué pasa por mí: las lágrimas me ahogan. (Suena el toque de los clarines que anuncian la marcha del escuadrón.) ¡Ah! es que él se aleja... para siempre. (Corre hacia el balcón, lo abre y mi-

ra.) Sí: allí lo veo entre sus amigos, pálido como un cadáver, tocando su mejilla con mano crispada. (Rompe en sollozos.) ¡Va en busca de la muerte por mi culpa!... ¡Hijo! (Gritando.) ¡Hijo de mi alma! ¡Vuelve á mis brazos!... (Solloza.) Pero no me oye... ni mira hacia la casa donde nació. (Los clarines siguen tocando y alejándose. El Marqués vuelve al proscenio, se fija en el retrato de su mujer y cae de rodillas.) ¡Carmen, adorada Carmen, nuestro hijo te redime! ¡Recobré la fe! ¡Si fuistes una santa, perdón, perdón para mí!

FIN DEL DRAMA



